

ANÍBAL ROMERO

ESTRATEGIA Y POLÍTICA EN LA ERA NUCLEAR

**LA GUERRA COMO INSTRUMENTO RACIONAL
DE LA POLÍTICA NACIONAL**

Por F. Javier Franco Suanzes

ROMERO, Aníbal. Estrategia y Política en la Era Nuclear (1979). Editorial TECNOS.

Aníbal Romero nació el 10 de febrero de 1951 en Barquisimeto (Venezuela). Se licenció en filosofía y ciencias políticas en la Universidad de Bristol (1974). Profesor de ciencias políticas en la Universidad Simón Bolívar, en Caracas. Está en posesión del Master en Estudios Estratégicos por el King's College de la Universidad de Londres (1976). Actualmente es investigador asociado al Instituto de Estudios Estratégicos John M. Olin de la Universidad de Harvard. Fundador y primer editor de la revista venezolana Política Internacional desde 1986. Es autor de numerosos libros.

El autor divide su obra «Estrategia y Política en la Era Nuclear» en tres partes: en la primera analiza la guerra como instrumento político, en la segunda estudia la estrategia de la era nuclear y en la tercera y última examina tres crisis militares de esa era nuclear.

En la primera parte, y siguiendo el pensamiento de Clausewitz, analiza la guerra como instrumento político. En consonancia con lo escrito por el General, la guerra no tiene sentido si se disocia de la política, es un acto de *comunicación* política y no sólo un fenómeno destructivo. La guerra no

puede ser considerada como un acto aislado, es el resultado del conflicto entre Estados y un «*instrumento racional de la política nacional*». La propia existencia de Estados soberanos, sin leyes que regulen las relaciones entre ellos, y la ambición de poder, que es una de sus metas fundamentales, propicia la existencia de conflictos entre esos Estados. Como dice Romero:

«*La guerra es la política con violencia, y su objetivo es el poder. La política, por otra parte, es la guerra sin violencia armada*».

Una vez definida la relación entre la guerra y política, el autor trata de establecer, siguiendo también a Clausewitz, la relación entre la política y la estrategia. Según el General, la política debe decidir y debe hacerlo marcándole objetivos militarmente alcanzables a la estrategia, de hecho, ese objetivo político debe ser la más alta consideración de la conducción de la guerra, y debe estar presente en todas las fases del proceso bélico: en su planificación, en la ejecución y en la conclusión. Esa conexión entre política y estrategia debe, además, estar presidida por una relación de *correspondencia y armonía*. Por ello, resulta grave que ocurra una ruptura entre ambas. Si se produce la supremacía de la estrategia sobre la política, nos encontraremos que la guerra ha perdido su finalidad política convirtiéndose en un enfrentamiento militar de violencia ciega. Si lo que se produce es el abandono de las razones estratégicas por la política, nos encontramos con una ruptura entre los fines y los medios, con lo que difícilmente podrán llevarse a cabo los objetivos políticos sin la herramienta que los haga efectivos. La falta de armonía entre política y estrategia, puede surgir de una incorrecta posición de la política, pues como indica Clausewitz, si la política produce confusión en el objetivo de la guerra quiere decir que sus contenidos son incorrectos y será necesario revisarlos.

Según el autor, hay tres aspectos de la relación política-estrategia que es necesario destacar en la obra de Clausewitz: la noción del *punto culminante de la victoria*, o momento en el que uno de los beligerantes percibe que ha obtenido la máxima ventaja y que de continuar la lucha las pérdidas serán muy difíciles de justificar con los beneficios, aumentando además, desde ese momento, los riesgos de la derrota; la noción del *centro de gravedad del enemigo*, que puede ser tanto militar como de otro tipo, lo define como *aquella área de intereses que es fundamental para el adversario, y cuya dislocación aseguraría su derrota*; y la relación entre *la ofensiva y la defensiva*, cuya disimetría permite equilibrar la balanza entre el fuerte y el débil, pues según Clausewitz, la defensiva es en sí misma más fuerte que la ofensiva.

Los ejemplos que el autor extrae de la historia moderna vienen a justificar sus argumentos. En la I Guerra Mundial, ambos bandos intentaron una victoria rápida que al no lograrse paralizó los frentes de lucha. Era pues necesario adoptar medidas políticas, pero los líderes se obsesionaron por la victoria militar, lo que provocó un «abismo» entre la política y la estrategia, y la prolongación de los enfrentamientos. Por el contrario en la II Guerra Mundial, y como indica Romero, Churchill, en contra de la opinión de muchos líderes políticos y militares americanos, adoptó el punto de vista de Clausewitz, según el cual los objetivos políticos deben determinar los planes estratégicos.

Como parte final del análisis de la guerra como instrumento político, Aníbal Romero, estudia el sistema internacional y la limitación de la guerra, y lo hace apoyándose de nuevo en Clausewitz y en el escritor francés Rousseau. El General basa las relaciones internacionales sobre una situación de anarquía y según el siguiente esquema: el Estado es soberano; los intereses de los Estados están siempre en conflicto; las crisis y disputas se resuelven en muchas ocasiones por medio de la fuerza. La visión de Rousseau, que también considera la presencia de la anarquía en el contexto de las relaciones internacionales, se centra en justificar la existencia de la guerra como consecuencia de la ausencia de una autoridad superior que regule las relaciones interestatales, ante los inexorables conflictos de intereses que se producen entre los Estados soberanos.

El objetivo que trata de garantizar la soberanía e independencia de la mayoría contra los intereses expansionistas de uno de ellos puede, y debe conseguirse, si fuera preciso, mediante la guerra. Se trata de garantizar el «*balance de poder*» de manera que una sociedad de Estados soberanos, no sea modificada por la fuerza en un imperio bajo el dominio de un único poder. Pero como indica Romero, el «*balance de poder*» ha sido siempre algo precario, pues es difícil que en el concierto internacional todos los actores se encuentren plenamente satisfechos, y alguno, ansioso de aumentar su propio poder, no viole la legitimidad general y ponga en peligro al mismo orden internacional.

En la segunda parte de su obra que denomina «*La estrategia en la era nuclear*», el autor nos ofrece en primer lugar un bosquejo cronológico del panorama estratégico en la era nuclear, para seguidamente analizar con más profundidad algunos de los asuntos más relevantes. Para Aníbal Romero, resulta paradójico la aportación de las armas nucleares a la lógica de la guerra. Por una lado, su enorme poder destructivo les confiere a sus

poseedores la capacidad para desarrollar la guerra total o ilimitada —I y II Guerra Mundial— y sin embargo, ese potencial se ha convertido en algo irracional para ser empleado como instrumento político, por lo que no resulta válido para la guerra total. La posibilidad de emplear el armamento nuclear se convierte en el último recurso, cuando la «supervivencia nacional» se ve amenazada. En este sentido, resulta fundamental conocer cuáles son esos intereses vitales, que no pueden ser vulnerados para no desencadenar la dinámica nuclear.

De lo dicho pudiera desprenderse que la guerra total como instrumento político ha sido eliminada; ni las guerras totales, ni mucho menos las guerras limitadas han desaparecido, no obstante, como indica Romero, la posibilidad de su ejecución, por las consecuencias ya citadas, ha perdido credibilidad. Así, esa falta de credibilidad de la guerra total para llevar a cabo objetivos políticos, es la que ha devuelto a la guerra limitada su capacidad para alcanzarlos.

Los tres aspectos determinantes que según Clausewitz relacionan política y estrategia: el *punto culminante de la victoria*, el *centro de gravedad del enemigo*, y la relación *ofensiva y defensiva*, van a quedar condicionados con la aparición de la energía atómica. El nuevo balance estratégico se va a establecer, por un lado, sobre la vulnerabilidad de determinados objetivos que ambos bandos consideran vitales, y por otro, en la invulnerabilidad de parte de las fuerzas ofensivas, lo que va a garantizar la adopción de represalias.

Antes de entrar en detalle sobre algunos de los aspectos tratados, el autor resume los antecedentes estratégicos posteriores a la I Guerra Mundial. Del período entre guerras destaca las tres escuelas de pensamiento que se generan: la primera, trata de reemplazar la parálisis estratégica a la que condujo el desarrollo de la I Guerra Mundial, sus doctrinas defienden la movilidad de la ofensiva y el ataque por sorpresa, siendo su máximo representante Liddell Hart; la segunda, pretende demostrar la eficacia de los medios propagandísticos y la subversión como medida previa a los combates decisivos, siendo los nazis verdaderos maestros en su aplicación; la tercera y última, responde a las teorías que destacan el gran potencial del poder aéreo, que reduce las operaciones bélicas a ataques contra la población civil del enemigo. Su pensador más representativo es el General italiano Giulio Douhet.

Del período posterior a la II Guerra Mundial, el autor, destaca una primera etapa de la era nuclear (1945-1953) que se caracteriza por el monopolio

nuclear americano que podía amenazar con el uso del arma sin que nadie pudiera hacerle sombra. A partir de 1949, cuando la URSS realiza su primera explosión nuclear, si bien EEUU puede amenazar a la Unión Soviética con sus armas nucleares, la URSS puede hacer lo mismo con sus aliados europeos. En esa época los americanos, cuya política de defensa iba encaminada a contener el expansionismo soviético, consideraban que la futura guerra sería total, con el arma nuclear como parte de los medios militares. Mientras la URSS insistía en la importancia y el carácter determinante de las fuerzas convencionales.

La segunda etapa (1953-1960), se caracterizó, del lado americano por el desarrollo de la teoría de la guerra limitada. En el año 1954, EEUU enuncia su doctrina estratégica de la «*represalia masiva*», de manera que la defensa de los países amenazados por el expansionismo soviético debería ser contrarrestada no sólo con fuerzas convencionales sino con toda la capacidad de represalia americana. La estrategia soviética de este período se basa en la contradisuasión. Para combatir la superioridad nuclear del adversario incrementaron sus fuerzas nucleares y convencionales dirigidas contra la Europa occidental. Esta situación conducía al riesgo de la guerra total, por lo que era difícil y poco creíble esgrimir el escudo protector americano contra objetivos secundarios fuera de Europa.

Poco antes de la tercera etapa (1960-1972), y una vez que los soviéticos adquieren cierta capacidad contra el territorio de los EEUU, los americanos intentan asegurar la invulnerabilidad de parte de su fuerza nuclear para afrontar una eventual acción de represalia, y tratan de minimizar las pérdidas sobre su territorio. Surge la doctrina de la *respuesta flexible o controlada* que indicaba que el daño potencial de una guerra total podía ser limitado actuando sobre los medios militares soviéticos, manteniendo al tiempo la capacidad de devastar a la URSS. Bajo el concepto de respuesta nuclear controlada, los americanos se reservaban la posibilidad de utilizar sus armas nucleares de forma limitada sin tener que llegar al uso masivo y total.

Los soviéticos, que ante un hipotético ataque sobre sus fuerzas nucleares se veían incapaces de garantizar la contradisuasión, buscaron el equilibrio estratégico y forzaron la crisis de los misiles de Cuba. El final de la crisis tuvo diversas consecuencias: los soviéticos incrementaron sus ICBM y sus fuerzas invulnerables; se debilitó la alianza entre los americanos y sus aliados europeos; y los EEUU comenzaron a hablar de una nueva postura estratégica conocida como la *destrucción mutua asegurada*. La posibilidad

de un ataque con éxito contra la URSS se había convertido en una misión imposible. Empezó a rechazarse el concepto de disuasión mínima basado exclusivamente en una capacidad de represalia, y lo que se adoptó fue una doctrina que complementaba las fuerzas de represalia con aquellas otras capaces de atacar las fuerzas soviéticas en sus bases.

En 1969 se aprueba la doctrina de la *suficiencia* que supone la aceptación americana a la nueva situación estratégica producto de la paridad con la Unión Soviética. Con esta nueva doctrina ambas potencias abandonan el objetivo de la superioridad, por el costo y riesgo que comporta, y los americanos contemplan la necesidad de preservar la estabilidad estratégica garantizando la invulnerabilidad de sus fuerzas nucleares.

Tras esa exposición cronológica, el autor analiza algunos conceptos relevantes. Según Romero, uno de los principales problemas políticos para que funcione la disuasión es la credibilidad, es necesario que el adversario comprenda que se está dispuesto a ir a la guerra nuclear cuando el enemigo ataque sus intereses vitales. Para ello es de esperar una postura racional en el oponente, pues en caso contrario si al adversario es un suicida la disuasión tampoco funcionará. La paradoja se produce en que dado que la guerra total se ha convertido en una salida irracional, ¿cómo vamos a convencer al enemigo que se actuará racionalmente para defender determinados intereses vitales que van más allá de la soberanía e integridad territorial?. Como dice el autor: «*La estrategia nuclear se fundamenta entonces en el uso racional de una amenaza irracional*».

Según Romero, «la guerra limitada» que surge tras el final del último conflicto mundial, nace como consecuencia de las profundas transformaciones tecnológicas que han conducido a la inutilidad de la guerra total como instrumento político que dé solución a los conflictos de intereses. El punto clave de la guerra limitada presente, es su contenido social y político, ya que de él se obtendrán tanto los objetivos, como los efectos en el sistema internacional. Para Aníbal Romero, y según ese contenido, las guerras limitadas actuales se pueden encuadrar en las siguientes categorías: guerras entre Estados, guerras civiles, guerras de liberación o anti-imperialistas, y revolucionarias. Romero destaca las últimas, por su carácter decisivo, ya que de ellas se pueden desprender enormes resultados políticos. Por el contrario, las guerras limitadas entre Estados, especialmente si entran en la esfera de influencia de las dos grandes potencias, carecen de esa determinación política que poseen las de carácter revolucionario.

Un ejemplo de guerra limitada por los medios empleados, fue para los EEUU, el conflicto coreano y puso de manifiesto que la amenaza de la guerra total sólo era de utilidad para evitar ese enfrentamiento. Además, evidenció la necesidad de modificar la estrategia empleada para contener el comunismo, dando de nuevo valor a la guerra limitada como instrumento político. La nueva estrategia americana debía: «*Recobrar la utilidad política de la guerra estableciendo el mayor número de etapas entre la rendición y la guerra nuclear*».

La incapacidad de la doctrina de la *respuesta masiva* para contener los diferentes conflictos mundiales, obligó a la adopción de la *respuesta flexible* que significaba por un lado, la creación de medios convencionales capaces de actuar en distintas partes del mundo en guerras limitadas contra las manifestaciones revolucionarias y por otro, ampliar el margen de respuestas nucleares que permitiesen limitar un conflicto entre las dos grandes potencias. Sin embargo, la lógica de la limitación es el resultado de dos voluntades y basta que una de ellas no desee someterse a esa limitación para que nos encontremos en presencia de una guerra total. De esta situación nace el concepto de *escalada*.

Para el estudio de la guerra revolucionaria, el autor analiza el pensamiento estratégico de Mao Tse Tung. La doctrina de Mao resalta la supremacía del factor político en la guerra, y muy especialmente en la guerra revolucionaria, donde el éxito o el fracaso depende fundamentalmente del apoyo popular. El triunfo logrado por Mao en China modificó de manera drástica no sólo la situación interna de ese país sino que alteró sustancialmente el equilibrio de poder en el mundo.

Los países que sufrieron la experiencia de la guerra revolucionaria trataron de combatir un tipo de conflicto para el que no se encontraban preparados. El autor analiza los métodos francés, británico y americano, y considera que los tres erraron en sus doctrinas de guerra contrarrevolucionaria. El fallo francés, a pesar de su correcta percepción de la naturaleza política del conflicto, es su incapacidad para comprender la legitimidad de muchas de las aspiraciones revolucionarias. Las doctrinas británica y americana insisten en buscar soluciones a los aspectos técnico-militares, dejando en segundo plano y sin profundizar los problemas políticos. Ambos países ven en la guerra revolucionaria procesos movidos por el comunismo internacional, en vez de la «*intolerable situación en que viven las masas populares*». En todos los casos, la doctrina contrarrevolucionaria adolece de un conocimiento serio y profundo de lo que es la revolución.

Las guerras revolucionarias en el continente iberoamericano, tienen un resultado bien distinto. El modelo triunfante de la revolución cubana trató de exportarse al resto del continente con muy malos resultados. El desenlace negativo surge de una concepción errónea del proceso revolucionario. Al contrario de lo sucedido en África y Asia donde los aspectos militares quedaron subordinados a los políticos, en Iberoamérica, primó lo militar sobre lo político.

Seguidamente, el autor, analiza las alianzas en Europa, para lo que considera necesario conocer lo acaecido durante la II Guerra Mundial, siendo el problema alemán el aspecto que se erigió como un elemento decisivo, pues ambos bloques querían contar con ese potencial de su parte. La Unión Soviética, para garantizarse una franja de seguridad en toda Europa Oriental, y Occidente, porque necesitaba a Alemania como «baluarte» y freno anti-soviético. Finalmente, cuando los dos bloques admitieron la división alemana se inició el período de coexistencia pacífica.

La importancia que el viejo continente tiene para las dos alianzas se pone de manifiesto en los despliegues de los medios militares realizados, lo que obliga a cuestionar la posibilidad que una de las partes salga derrotada en una guerra limitada sin poner antes de su parte todos los medios a su alcance, incluidas las armas nucleares. De esta manera, en Europa más que en ninguna otra parte, son mayores las posibilidades de que un conflicto limitado se extienda hasta una guerra total. Por eso, como subraya el autor, no parece realista pensar que ante la eventualidad de una Tercera Guerra Mundial en Europa, ésta se desarrolle con medios exclusivamente convencionales.

La dificultad de la Alianza Atlántica para equilibrar el nivel de fuerzas convencionales con los soviéticos, provocó el despliegue por parte americana de armas atómicas tácticas, que quedaron bajo el control de los EEUU, aumentando la dependencia de la seguridad europea de sus aliados transoceánicos y creando tensiones políticas en el seno de la OTAN. De esta manera las armas atómicas adquirirían un papel relevante en la defensa del territorio europeo y dejaban como única alternativa a un ataque convencional soviético, la guerra nuclear.

La doctrina de la *respuesta flexible*, provocó desasosiego en los aliados europeos que la consideraban un debilitamiento del compromiso de los EEUU con Europa. La nueva filosofía que podía ser interpretada como una disminución de los riesgos que los americanos estaban dispuestos a soportar en defensa de sus aliados, continuaba aceptando el valor de las

armas atómicas, pero consideraba que éstas no podían reemplazar las fuerzas convencionales. Se trataba de un intento de encontrar posiciones intermedias entre la rendición o el holocausto nuclear. Según el autor, y aunque el compromiso de seguridad no había perdido fuerza, los americanos buscaban separar sus fuerzas nucleares estratégicas de la defensa europea, al tiempo que intentaban acotar a los lindes del continente europeo un posible enfrentamiento con la URSS. Para Aníbal Romero, la *respuesta flexible* es el producto de un análisis erróneo, pues la importancia que para EEUU tenía Europa, disminuía la posibilidad de un ataque limitado soviético.

El razonamiento americano, indicaba que la OTAN debía hacer frente a cualquier amenaza soviética de tipo convencional mediante el incremento de sus propias fuerzas convencionales. Esta convicción, suponía o bien que la URSS estaba dispuesta a un combate con armas nucleares o que estaba plenamente segura que los americanos no se arriesgarían en una aventura atómica. Ambos postulados eran muy débiles. No obstante, la nueva doctrina acertó en dar a las fuerzas convencionales un valor y una utilidad política.

La doctrina de *opciones limitadas*, es también objeto de análisis para Romero. El objetivo de esta nueva teoría es el de «restaurar la credibilidad de la guerra nuclear como instrumento político». El uso del armamento nuclear sería «discriminado y limitado» y, siempre que ello fuera posible, contra objetivos militares, evitando en todo momento el que pudiera darse una escalada que conduzca al enfrentamiento total. De esta manera el empleo de las armas atómicas ganaría en flexibilidad, lo que va a permitir opciones intermedias entre el todo y la nada. Las implicaciones principales de la doctrina de *opciones nucleares limitadas* son de carácter político. Por el contrario, esta teoría resulta muy desestabilizadora pues las variables más importantes que intervienen en la disuasión nuclear: la permanencia de las doctrinas estratégicas, la proliferación de armas nucleares, y la carrera armamentística, se ven negativamente afectadas.

Uno de los efectos indicados —la proliferación nuclear— es además un reto importante a controlar, que puede ser paliado evitando que un mayor número de países acceda al «club» nuclear. El principal problema que se plantea para contener la proliferación nuclear, radica en la mutua relación que existe entre la tecnología nuclear para usos pacíficos y para fines militares. El instrumento más significativo para contener la proliferación, adoptado por la sociedad internacional, es el Tratado de No-Proliferación

Nuclear (TNP). El Tratado ha recibido críticas por su asimetría política, ya que impone distintas obligaciones, pues las medidas para el control de armamentos que se imponen a los nucleares no se corresponden con las estrictas medidas y discriminaciones que se reserva para los no-nucleares. En cualquier caso, para Romero, la vigencia del Tratado, resulta positiva. El autor hace asimismo referencia a los acuerdos sobre Limitación de Armas Estratégicas, hoy en día ya superados, por tratados posteriores. Trata y analiza el Tratado de Tlatelolco cuyo objetivo es convertir el área de Iberoamérica en una zona libre de armas nucleares.

En la tercera parte, el autor analiza tres crisis militares en plena era nuclear: la crisis de los misiles de Cuba, los conflictos de Medio Oriente y la Guerra de Vietnam. En Cuba, la instalación de misiles soviéticos en el año 1962, trataba por un lado, garantizar la defensa de la isla frente a posibles intromisiones americanas y por otro, equilibrar el balance estratégico entre la URSS y EEUU, en clara desventaja para los primeros. Para Aníbal Romero, la instalación de los misiles soviéticos afectaba a la seguridad e intereses vitales de EEUU; para la URSS no sucedía lo mismo. Esa importante diferencia política y la superioridad militar, tanto en el terreno convencional como en el nuclear, fueron determinantes para que la crisis se resolviera favorablemente a las tesis americanas. No obstante, a largo plazo, provocó un rearme soviético que estableció la paridad entre las dos grandes potencias. Como aspectos positivos se abrieron nuevos cauces de comunicación, y se definieron con más claridad las esferas de interés y los compromisos políticos de ambas potencias.

En el Medio Oriente, la situación se vio influida por la superposición de tres conflictos: uno de carácter local entre judíos de Israel y árabes de Palestina; un segundo regional entre el Estado de Israel y los Estados Arabes; y el tercero de carácter internacional entre las dos grandes potencias. Los conflictos que han determinado importantes consecuencias políticas han sido: «*la aventura militar*» anglo-francesa contra Egipto en 1956, la guerra de los «*seis días*» de 1967 y la del Yom Kippur en 1973.

Para Romero, en la crisis de Suez de 1956, tras la nacionalización del Canal, los errores fueron diversos: en primer lugar, el plan militar llevado a cabo se caracterizaba por una ausencia de objetivos políticos; la selección del inicio de las operaciones, a cargo de los israelitas, que pretendía el derrocamiento de Nasser como único e impreciso objetivo político, fue una selección equivocada pues consiguió el reforzamiento del líder egipcio; la alianza entre Israel y los franceses e ingleses asoció la imagen de los isra-

elitas con el imperialismo colonialista, lo que alejó aún más las posibilidades de diálogo con el mundo árabe; el saldo final para británicos y franceses fue una pérdida de influencia en la zona, en beneficio de los americanos que finalmente se opusieron a las intenciones de la coalición. En definitiva, el gran error de la operación consistió en la ausencia de una cobertura política sólida, pues pretendía resolver problemas políticos por procedimientos exclusivamente militares.

En la guerra de los seis días de 1967, si bien el resultado de la guerra fue positivo para Israel, complicó todavía más el panorama político. Los dirigentes judíos postergaron los aspectos políticos al depositar toda su confianza en la potencia de su poder militar. El logro de una paz duradera con los Estados árabes bien pudiera haberse logrado cediendo parte de los terrenos conquistados. La ambigua fórmula de «*fronteras seguras y reconocidas*» mantenida por los israelitas, tuvo buena parte de la culpa, por lo que la victoria militar en vez de lograr más independencia para el Estado judío y de aminorar las amenazas externas, dificultó su posición política. Romero sintetiza lo indicado diciendo que:

«La guerra de los seis días resultó en un triunfo militar que complicó extraordinariamente el horizonte político para Israel. La ausencia de un proyecto que diese significado político a los hechos militares condujo el conflicto del Medio Oriente a un nuevo choque armado, el cual, esta vez, sí transformó de manera importante la balanza de poder político en el área».

La falta de unos adecuados acuerdos de paz sería el origen de la guerra del Yom Kippur. Para el autor, la guerra de octubre de 1973 es un claro ejemplo de la correcta utilización de los medios militares como instrumento para alcanzar determinados objetivos políticos. Ante la imposibilidad de modificar el *statu quo* por procedimientos diplomáticos, sirios, egipcios y jordanos, concibieron una operación militar limitada, con el objetivo de transformar el panorama político en el Medio Oriente. Aunque militarmente la guerra no fue una victoria, se alcanzó el objetivo de abrir una nueva fase política.

El tercer conflicto analizado por Aníbal Romero es la guerra de Vietnam, considerada por el autor como una de las más brutales de la historia moderna y donde la nación más poderosa y más avanzada de la tierra, con su enorme superioridad militar, salió derrotada del conflicto. ¿Cuáles fueron los motivos que condujeron a esa derrota?. Para el autor, la debilidad de los objetivos políticos americanos, *la imposición de un régimen no*

socialista en Vietnam, se edificaba sobre un gobierno sin suficiente legitimidad. Pero sin duda la clave del éxito de los vietnamitas fue que condujeron la guerra siguiendo «*la más pura lógica Clausewitziana*»: los factores políticos tuvieron un papel predominante con una precisa definición de los objetivos de la lucha; una relación eficiente entre la *ofensiva* y la *defensiva*; una definición precisa del *centro de gravedad* adaptado a cada momento de la lucha; y una actuación prudente para no sobrepasar el *punto culminante de la victoria*. La estrategia vietnamita, tanto contra Francia como contra EEUU, estaba fundamentada en el análisis adecuado de los factores de fuerza y debilidad propios y del enemigo, tanto políticos como militares, que conducían a una estrategia aceptada de «*resistencia prolongada*» frente a la que adoptaría el enemigo de «*una acción rápida para una decisión rápida*».